¿Por-ki Rafael quiere ser presidente?

Ignacio Urquiaga Vanderghem

Sobre el autor:

Ignacio Urquiaga Vanderghem (Lima, 2001) es politólogo, egresado de la Universidad Antonio Ruiz de Montoya. Actualmente se encuentra cursando una maestría en economía aplicada en la Universidad de Buenos Aires.

Se ha desempeñado como redactor y editor en el diario digital *El Reporte*, dedicándose principalmente al análisis político. Asimismo, trabajó en la agencia Interforum, presidida por Jorge Salmón Jordan, donde desarrolló labores en el ámbito de la comunicación y la publicidad. Fue coordinador local de la organización *Estudiantes por la Libertad* y actualmente es miembro de la *Fundación Internacional para la Libertad* (FIL).

CAPÍTULO 1

LA FUERZA DE LA FAMILIA

Nacido en Lima, en 1961, en un hogar donde el concepto del orden no se discutía. No porque existiera rigidez militar o la imposición de incómodos silencios, sino porque las reglas que imponía la autoridad paternal estaban claras desde el principio. Y eran, sobre todo justas y comprensibles. En la casa de los López Aliaga, cada cosa tenía su lugar: las palabras eran pronunciadas con un peso específico y las decisiones se valoraban por sus consecuencias. La familia no era un concepto abstracto ni un refugio sentimental, era una institución que combinaba la exigencia paterna con el amor maternal logrando una simbiosis que iba forjando futuro en ese núcleo básico y cohesionado de la sociedad.

En el Perú de aquellos años —lejos aún del colapso económico, de la violencia política y de la resignación cínica—, la familia bien constituida solía ser el primer espacio donde se aprendía a obedecer antes de mandar, a cumplir como anticipo de la exigencia y a anteponer el silencio reflexivo antes de hablar improvisadamente. Allí, sin discursos baratos ni manuales de autoayuda, se formaba el carácter con el ejemplo. No había aplausos fáciles, ni premios por el libre albedrío: se reconocía el esfuerzo, no la intención. La primera escuela empieza en casa.

Sus padres entendían algo que hoy parece estar “pasado de moda”: que educar no es complacer. La disciplina no se negociaba y el trabajo bien hecho

no era motivo de celebración, sino el estándar mínimo que forjaba diariamente el futuro. En esa lógica, los errores no eran tragedias, pero sí lecciones. Se corregían con firmeza y sin dramatismo. El mensaje era simple y constante: A nadie se le debe nada y cada uno debía hacerse cargo de lo que hacía y también de las omisiones en un contexto sobre entendido por la práctica diaria de responsabilidad personal. Obviamente, el buen humor estaba presente y se marcaba muy claramente la diferencia frente al uso del lenguaje soez o el ejercicio de la vulgaridad. Estos fueron los pilares de la educación familiar de Rafael.

En ese ambiente se fue moldeando una idea que luego aparecería una y otra vez en su vida adulta: el mérito no es una consigna, se forja en la práctica cotidiana. No bastaba con querer; había que hacer. No era suficiente opinar; era sustantivo el argumentar. El reconocimiento, cuando llegaba, no era automático, sino la consecuencia natural de una acción cumplida a plenitud.

La familia funcionaba como un pequeño país bien administrado. Existía autoridad, pero también responsabilidad, alegría y fraternidad. Había afecto, pero no fácil indulgencia. Se podía discutir, pero no desconocer las reglas. Ese equilibrio —tan difícil de replicar después en la vida pública— se internaliza temprano o no se incorpora nunca en el interior de las legitimas convicciones que uno toma en la vida. El mensaje vital quedó grabado.

Desde niño entendió que la libertad no es ausencia de límites, sino la capacidad de escoger entre lo bueno y lo mejor. Al optar por un camino equivocado, el hombre libre se vuelve esclavo, por ello los horizontes de la libertad implican siempre un camino que no vulnera ni su actuar diario, ni el derecho ajeno.

El orden no es opresión, sino una condición básica para que las cosas funcionen bien. Y el caos (desorden), por muy seductor que parezca, siempre termina pasando una factura cara al interior de la conciencia. No era una conclusión ideológica, sino el fruto del dialogo de las experiencias que los padres comparten en la mesa familiar.

La familia también fue el primer espacio donde aprendió el valor del trabajo. No como castigo ni como sacrificio romántico, sino como una forma natural de estar en el mundo. Trabajar no implica heroicidad: es una obligación moral. Nadie se sentaba a esperar que otro resolviera lo que uno mismo podía y debía hacer. Esa ética —tan simple y pragmática— fue creando una distancia temprana con la cultura de la excusa, del atajo, del reclamo permanente, de la evasión de responsabilidades y de pasar la culpa al otro.

Había, además, una noción clara de jerarquía. No como imposición arbitraria, sino como reconocimiento de los roles. Los padres daban ordenes que contenían la sabiduría del amor conyugal, no por la imposición de gritos. La autoridad se ejercía con coherencia: lo que se decía se cumplía y se predicaba con el ejemplo. Así se forjaba algo fundamental en los hijos: confianza en las reglas, haciendo que el esfuerzo y la responsabilidad tengan sentido.

En ese entorno, la fe no era una pose subjetiva, ni una consigna política, sino una dimensión íntima de la vida en el núcleo familiar, un marco moral que ayudaba a distinguir lo correcto de lo conveniente. No se hablaba de valores como abstracciones, sino como criterios prácticos, basados en ejemplos concretos, para tomar decisiones. La fe no eximía del esfuerzo; al contrario, lo reforzaba. Dios no reemplaza el trabajo de nadie. Ora y labora es una motivación que implica energía para el actuar diario.

Con el paso del tiempo, ese conjunto de experiencias fue dando forma a un temperamento particular: exigente consigo mismo, poco tolerante con la improvisación y escéptico frente a las soluciones fáciles. Mientras otros aprendían a adaptarse al desorden, él aprendía a combatirlo. Mientras muchos normalizaban la evasión de las leyes, él la veía como una falla estructural. No era rebeldía adolescente; era coherencia temprana y pensamiento crítico en formación al observar una sociedad con autoridades que propiciaban el desborde popular en base al populismo y al aplauso fácil.

No estamos describiendo a un niño superdotado, sino a una persona que estaba siendo consciente de algo fundamental: las cosas no funcionan solas. Siempre hay alguien que pone orden, que toma decisiones, que asume costos. Y cuando nadie lo hace, el resultado no es libertad, sino caos, esclavitud, ausencia de bien común, un atajo hacia la anarquía, con el consecuente deterioro de la convivencia humana. Esa idea, basada en la observación de la realidad social, explica más cosas de su vida futura que cualquier discurso posterior.

Con los años, el aprendizaje familiar y doméstico se tradujo en una forma de mirar el país, un hogar inmensamente más grande. La realidad del Perú lucía como una casa enorme pero desordenada, llena de buenas intenciones... con malas prácticas. Un lugar donde todos opinaban, pocos cumplían y casi nadie se hacía cargo de las soluciones más urgentes. La comparación no era intelectual; era visceral. Había vivido en un mini sistema que funcionaba positivamente y ahora veía con preocupación la administración de la gran casa de todos los peruanos.

Por ello, no es casual que germine en él un compromiso personal con el

desarrollo de objetivos y metas. La eficiencia no era para él una moda tecnocrática ni un capricho empresarial: era una cuestión moral. Hacer bien las cosas implica una forma de respeto. Hacerlas mal es una falta grave. Esa ética, aprendida en los diálogos de la mesa familiar, mucho antes que en cualquier directorio, se mantuvo intacta.

Tampoco es casual que nunca se sintiera cómodo con el populismo. La idea de prometer lo que no se puede cumplir, de regalar lo que no se tiene o de confundir derechos con prebendas le resultaba ajeno y arbitrario. En su casa no se regalaban permisos fáciles o resultados entusiastas.Todo es consecuencia de acciones concretas.

Esa forma de entender el mundo generó, inevitablemente, fricciones. En un país acostumbrado a la improvisación, el que exige coherencia, consecuencia y realismo parece inflexible. En una sociedad que romantiza la hipocresía, el que pide orden parece antipático. Pero él, nunca buscó la aprobación facilista, el objetivo era ser coherente y logró que esta herramienta vital sea su principal rasgo distintivo.

La educación familiar clásica, que toma ejemplos de vida, que predica el amor a la patria, al prójimo y a Dios, ofrece sus frutos, dar el salto a los emprendimientos y luego a la empresa fue, en cierto modo, una extensión lógica que contenía reglas claras, cuentas ordenadas, responsabilidades definidas. No había espacio para la improvisación ni la mediocridad. El éxito no llegó por azar ni por favores, sino por una combinación de disciplina, constancia y convicción.

Sin embargo, la historia no termina ahí. Porque no todos los empresarios deciden dar el salto a la vida pública. No todos están dispuestos a cambiar un

entorno que controlan por uno que los desafía. No todos aceptan pasar del reconocimiento privado al escrutinio permanente. Esa decisión —la de dejar la comodidad del bienestar económico para entrar en el terreno que cuestiona el honor y el compromiso en el servicio público— tiene raíces profundas.

La casa donde nació le enseñó que el liderazgo no es privilegio, sino el resultado del ejercicio del deber. Que mandar no es disfrutar con orgullo vacío, sino responder a la realidad con creatividad. Y que, llegado el momento, quien puede hacer algo por los demás tiene la obligación moral de intentarlo. No es altruismo romántico; es responsabilidad aprendida, vocación por el prójimo que es el próximo, el hermano compatriota.

Así, mucho antes de que lo llamaran empresario, político o alcalde, fue hijo. Y en ese rol —el primero y el más determinante— aprendió todo lo que después aplicaría en diversas fases de su vida. La familia fue su punto de partida, su referencia permanente y su fortaleza silenciosa de acción. Allí se gestó la idea de que el orden importa, que la disciplina construye y que el servicio a los demás no es una palabra vacía, sino una decisión concreta.

Porque antes de optar por dirigir, gerenciar y gobernar, aprendió a obedecer. Y antes de exigir a sus colaboradores, sabia que tenía que exigirse a sí mismo.

CAPÍTULO 2

EL ESTUDIANTE PERSEVERANTE

No fue un estudiante brillante en el sentido habitual del término. Ni prodigio ni genio precoz que resolvía todo sin esfuerzo y que humillaba al resto con facilidad o soberbia. Fue, más bien, algo menos vistoso y mucho más determinante: un alumno de una rara constancia en el aprendizaje. Desde que llegó a la escuela entendió que el estudio no equivalía a un acto de inspiración repentina, sino a un ejercicio diario de disciplina. Sentarse, leer, repetir, equivocarse y volver a intentar. Una rutina que no promete gloria inmediata, pero que construye algo más duradero: criterio.

En un medio donde la educación escolar suele verse como una obligación pasajera o un trámite social, Rafael López Aliaga la asumió como una inversión personal. No estudiaba para cumplir, sino para entender. No buscaba impresionar, sino dominar los conceptos. Esa diferencia —sutil, pero decisiva— marcó su relación con el conocimiento desde temprano. Mientras otros memorizaban para aprobar, él buscaba comprender.

La constancia fue, pues, su principal virtud académica. No había atajos ni soluciones mágicas. Si un curso se presentaba como una materia difícil, él trabajaba más. Si un concepto no cerraba, volvía sobre él hasta lograr una solución. El estudio no era una competencia contra los demás, sino una exigencia consigo mismo. Y esa exigencia, que venía de casa, se trasladó naturalmente al aula.

Cuando llegó el momento de elegir una carrera universitaria, no optó por lo fácil ni por lo popular. Eligió una disciplina que exige rigor, lógica y paciencia: la ingeniería.

Rafael López Aliaga ingresó a la Universidad Nacional Pedro Ruiz Gallo, en Lambayeque, con la ilusión de convertirse en ingeniero civil. No lo logró, pero no por falta de esfuerzo, sino por que su destino era otro. El ambiente de huelgas, marchas y convulsión política, que se vivía en la época, lo empujó a abandonar las aulas. Su universidad no era, técnicamente, una casa académica ideologizada, pero como la mayoría de entidades de educación pública superior de la época, estaba atravesada por discursos y agitaciones políticas que poco tenían que ver con la formación académica (nótese que a pesar de los esfuerzos de Estado la realidad puede ser difícil de ser cambiada).

La radical decisión de cambiar hacia la Universidad de Piura, le permitió culminar sus estudios de grado. No era un espacio para la improvisación ni para aplaudir el mínimo esfuerzo. Era un entorno donde se reconoce el rigor metodológico, la precisión y la capacidad de resolver problemas complejos sin dramatismo, con ciencia y evidencia.

Allí, lejos de los discursos grandilocuentes, se enfrentó a una verdad incómoda para muchos: la realidad de la ingeniería no se adapta a las opiniones o a las creencias. Las máquinas funcionan o no funcionan. Los cálculos cierran o no cierran. No hay relato o “verseo” que salve un error técnico. Esa crudeza —tan poco habitual en otras áreas— le resultó familiar. Era la misma lógica de su hogar: las cosas se deben hacer bien siempre, sin maquillajes.

Analítica, estructurada, orientada a soluciones, la ingeniería no solo le dio

herramientas técnicas, sino una forma particular de pensar. Aprendió a descomponer problemas grandes en partes manejables, a identificar fallas, a corregir procesos. Aprendió, que toda decisión tiene consecuencias medibles. Nada de eso es menor. Esa mentalidad lo acompañaría mucho después, cuando los problemas dejarán de ser mecánicos para tornarse institucionales. Cuando pasarán de las fórmulas analíticas al complejo mundo de la realidad social.

En la universidad no buscó protagonismo. No fue líder estudiantil, ni tribuno improvisado. Prefirió, nuevamente, el perfil bajo y el trabajo constante. Entendía que el conocimiento no se construye con discursos, sino con horas de estudio. Mientras otros se distraían de la vida universitaria como si existieran frecuentes paréntesis festivos, él la asumía como una etapa decisiva que requería constancia. Y, nuevamente, no porque alguien se lo exigiera, sino porque él mismo se lo imponía.

Con el tiempo, esa formación técnica se convirtió en una base sólida, pero no suficiente. Sabía que entender cómo funcionan las cosas no alcanza, si no se comprende también cómo se gestionan. La técnica sin dirección se estanca; la gestión sin técnica es improvisación. Esta definición lo llevó a dar un paso más en su formación académica.

El MBA en la Universidad del Pacífico no fue una decisión decorativa ni un título para la tarjeta de presentación. Fue una elección estratégica. Buscaba ampliar su mirada, entender el funcionamiento de las organizaciones, el lenguaje de los mercados, la lógica de las decisiones económicas. Quería pasar del problema puntual al sistema completo, de la tuerca al engranaje.

La Universidad del Pacífico le ofreció justamente eso: un entorno donde se

discutía también con números, no con consignas. Donde las decisiones se analizaban por sus efectos, no por sus intenciones. Donde el error no se justificaba con ideología, sino que se corregía con información. Ese ambiente reforzó algo que ya traía consigo: su desconfianza hacia la improvisación y el profundo malestar por la mediocridad solapada, por el desprecio al dato preciso y al valor del trabajo técnico que observaba en la vida cotidiana de nuestro país.

El MBA consolidó su perfil. Ya no era solo un ingeniero que entendía procesos, sino un gestor capaz de tomar decisiones complejas en entornos inciertos. Aprendió a leer estados financieros, a evaluar riesgos, a planificar a largo plazo. Aprendió, sobre todo, que administrar no es repartir facilistamente, sino asignar con criterio recursos que siempre suelen ser escasos.

Esa idea —la escasez— es central. Mientras muchos discursos políticos parten de la fantasía de recursos infinitos, la formación académica le enseñó lo contrario: todo tiene un costo. Cada sol mal usado es dinero que falta en otro lado. Cada mala decisión se paga, tarde o temprano. No hay milagros presupuestales, ni soluciones mágicas. Solo buena o mala gestión.

El estudio, en su caso, no fue una etapa que se supera, sino un hábito que se consolida. Nunca dejó de aprender, siempre había espacio para un nuevo conocimiento. Esa actitud —poco común en contextos donde el título suele verse como un punto de llegada— lo mantuvo siempre alerta, incómodo con la complacencia y crítico de la improvisación y el despilfarro de los recursos públicos o privados.

Con el paso de los años, esa formación académica empezó a dialogar con la realidad del país. El contraste era evidente. Donde él veía necesidad de planificación, el Estado ofrecía parches. Donde él entendía la importancia de

indicadores, la política respondía con *slogans*. Donde él pensaba en sostenibilidad, el sistema privilegiaba el corto plazo.

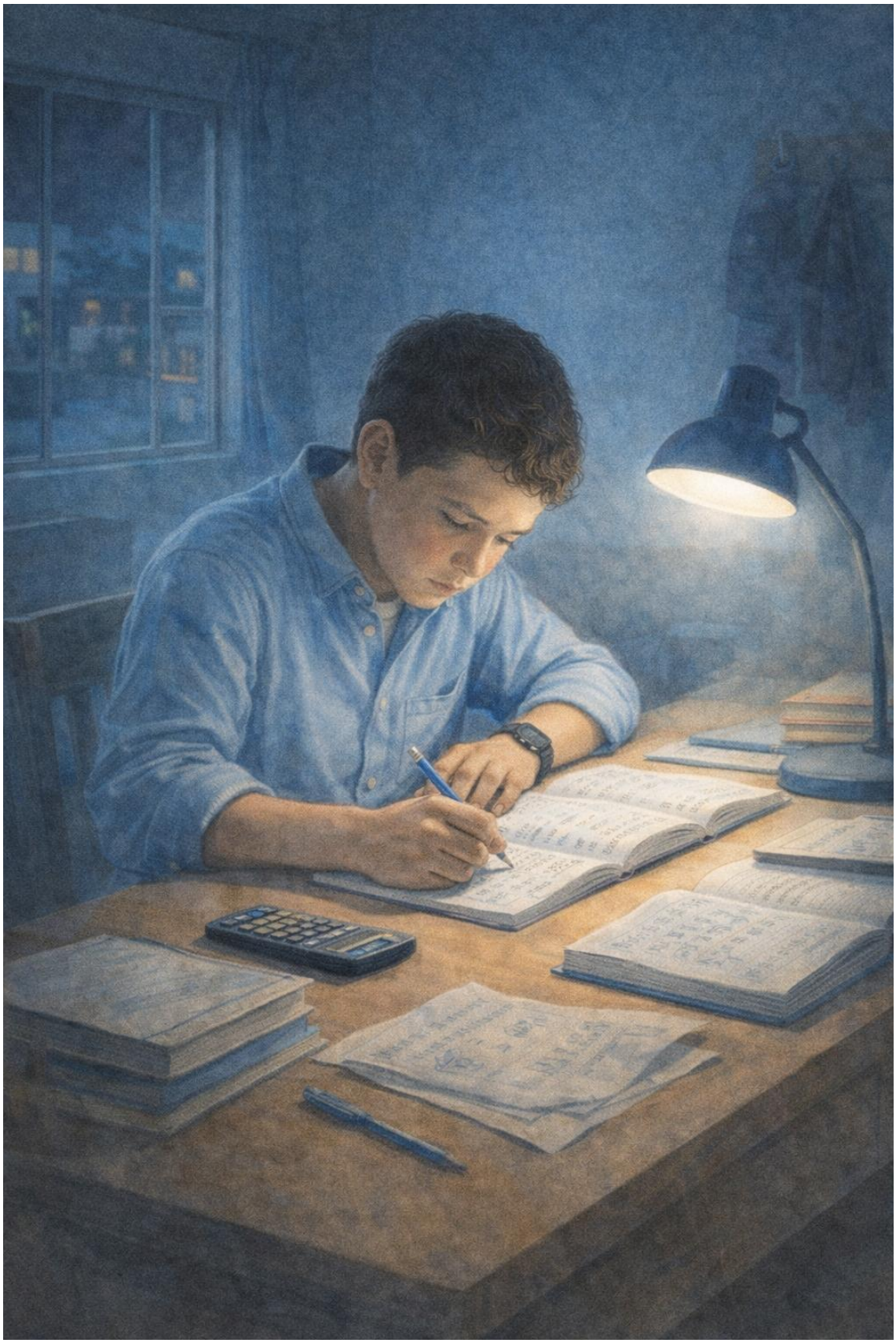
No era una discrepancia ideológica, sino metodológica. El problema no era qué se quería hacer, sino cómo. Y ese "cómo" —tan poco atractivo para la retórica— es justamente donde se juegan los resultados. La educación le había enseñado algo incómodo: las buenas intenciones no garantizan buenos resultados. Solo el conocimiento aplicado logra los cambios para el bienestar social.

El estudiante perseverante no desapareció con los años. Se transformó en un profesional exigente, luego en un empresario disciplinado y, finalmente, en alguien convencido de que el país necesita más método y menos relato. La política, vista desde esa perspectiva, no era un escenario de mero protagonismo, sino un espacio de gestión pendiente.

Porque quien ha estudiado en serio sabe reconocer la omisión cuando la ve. Y quien ha sido formado en el rigor entiende que gobernar sin preparación no es valentía, sino irresponsabilidad. El estudio no solo abre caminos individuales; fortalece la mente para resistir la demagogia, para cuestionar lo fácil, para exigir resultados.

Así, la educación fue mucho más que un capítulo en su vida. Fue un filtro. Un lente a través del cual empezó a mirar todo: la empresa, el Estado, la política. Un recordatorio permanente de que los problemas complejos no se resuelven con frases ingeniosas, sino con trabajo, conocimiento y constancia.

El niño disciplinado se convirtió en un estudiante perseverante. Y con el tiempo, empezó a preguntarse por qué el país parecía negarse a aprender las mismas lecciones.



CAPÍTULO 3

OPUS DEI: UN CAMINO DE VIDA

La fe católica no llegó como una ruptura ni como una experiencia desbordante en emociones. No irrumpió para cambiarlo todo de golpe ni para alterar el rumbo de una vida ya encaminada. Llegó de manera silenciosa, casi natural, durante los años universitarios, cuando las preguntas sobre el sentido de la vida, la responsabilidad y el futuro empiezan a volverse inevitables. No fue un refugio frente a la exigencia; fue, más bien, una forma de asumir la vida con mayor profundidad superando el existencialismo fácil y admitiendo la trascendencia.

Fue en esa etapa cuando se vinculó al Opus Dei. No como una adhesión ideológica ni como una identidad pública, sino como una propuesta espiritual que encajaba con sorprendente precisión en todo lo que ya había aprendido en casa y en las aulas. Allí encontró una idea central que marcaría su visión del mundo: la santidad no está reservada a unos pocos, ni se vive al margen de la realidad, sino que se construye en la vida ordinaria, en el trabajo bien hecho y en la responsabilidad asumida.

El Opus Dei, fundado en 1928 por san Josemaría Escrivá de Balaguer, es una institución de la Iglesia católica que propone una idea central y profundamente moderna para su tiempo: la santificación del trabajo ordinario y de la vida cotidiana. A diferencia de otras realidades eclesiales centradas en el retiro del

mundo, el Opus Dei sostiene que el ejercicio profesional, la responsabilidad familiar y el cumplimiento del deber cívico pueden ser caminos auténticos de encuentro con Dios. Su espiritualidad pone énfasis en la disciplina personal, la formación intelectual, la libertad de conciencia y el compromiso responsable en la sociedad, sin confundir fe con militancia política, pero sin renunciar a una ética y praxis pública coherente.

Dentro del Opus Dei existen distintas formas de pertenencia, y una de ellas es la de agregado, condición que asumió Rafael López Aliaga. Los agregados son fieles laicos que viven el espíritu del Opus Dei con un compromiso estable, sin abandonar su vida profesional, ni su inserción plena en el mundo. A diferencia de los numerarios, no viven en centros de la institución, sino que desarrollan su vocación cristiana desde su propio entorno social y laboral. Ser agregado implica una vida de oración exigente, formación doctrinal constante y una fuerte noción de responsabilidad personal: el deber bien hecho, la austeridad en la vida privada y la coherencia entre convicciones y acciones públicas. En ese marco, la fe se concibe como un motor de orden, disciplina y servicio.

La práctica cotidiana de la comunión —que él asume con naturalidad y orgullo— no es un gesto accesorio, sino la expresión de una fe vivida con constancia, como hábito interior que ordena la jornada y recuerda, cada día, que toda responsabilidad comienza por rendir cuentas ante algo más alto que uno mismo.

Escrivá insistía en que el trabajo no es solo un medio para ganarse la vida, sino un espacio de realización personal y de servicio a los demás. No hay tareas pequeñas cuando se hacen con responsabilidad. No hay excusas cuando se

asume que cada acción tiene un impacto más allá de uno mismo. Esa idea reforzó una convicción que ya estaba presente: la excelencia no es un lujo, es un deber moral.

La fe, entendida así, no ofrecía consuelo fácil, ni indulgencias. El camino es la exigencia. Coherencia entre lo que se cree y lo que se hace. Orden interior para poder proyectarse al exterior. Se debía asumir que los talentos no son propiedad privada, sino una responsabilidad frente a los demás.

Una de las frases más citadas de san Josemaría resume bien esa visión y se convirtió en una referencia constante:

“Santificar el trabajo, santificarse en el trabajo y santificar a los demás con el trabajo.”

No había en esa frase nada etéreo ni abstracto. Era una invitación concreta a vivir con sentido de misión cada tarea, cada decisión, cada responsabilidad asumida. El trabajo, lejos de ser una carga, se convertía en un camino personal de servicio a los demás.

Esa espiritualidad no lo apartó del mundo, sino que lo comprometió más con él. Le dio un marco ético para entender la responsabilidad social no como una opción voluntaria, sino como una consecuencia natural de la posición que uno ocupa. Quien ha recibido más, responde por más. No como gesto de caridad ocasional, sino como forma permanente de vida.

Durante esos años, la fe empezó a operar como una brújula silenciosa. No dictaba respuestas automáticas, ayudaba a formular las preguntas correctas. ¿Qué implica hacer bien las cosas? ¿Hasta dónde llega la responsabilidad personal? ¿Qué se debe hacer cuando el entorno normaliza lo incorrecto?

Preguntas incómodas, pero necesarias para la formación individual y su proyección social.

El pensamiento de Escrivá reforzó también una idea clave: la coherencia no admite compartimentos estancos. No se puede ser riguroso en lo privado y laxo en lo público. No se puede exigir disciplina y tolerar el desorden propio. La vida es una sola, y se vive entera o no se vive. Esa unidad de vida —concepto central en la espiritualidad del Opus Dei— se volvió un criterio decisivo.

En un país donde la doble moral suele camuflarse de pragmatismo, esa exigencia resultaba incómoda. Pero no era negociable. La fe no funcionaba como una identidad decorativa, sino como una fuente permanente de autocrítica. Primero hacia adentro. Siempre hacia adentro.

Esa vivencia espiritual también reforzó su comprensión del servicio. Gobernar, llegado el momento, no sería un espacio para la vanidad ni para la comodidad. Sería una forma de cargar con problemas ajenos, de tomar decisiones impopulares y de rendir cuentas constantemente. La fe no prometía aplausos sino responsabilidad.

San Josemaría había advertido con claridad contra la tentación de separar la fe de la vida pública. No para imponer creencias, sino para exigir coherencia. La ética no es negociable según el contexto. El bien no cambia de definición por conveniencia política. Esa claridad conceptual fue fundamental para entender que el servicio público no puede ejercerse sin un marco moral sólido.

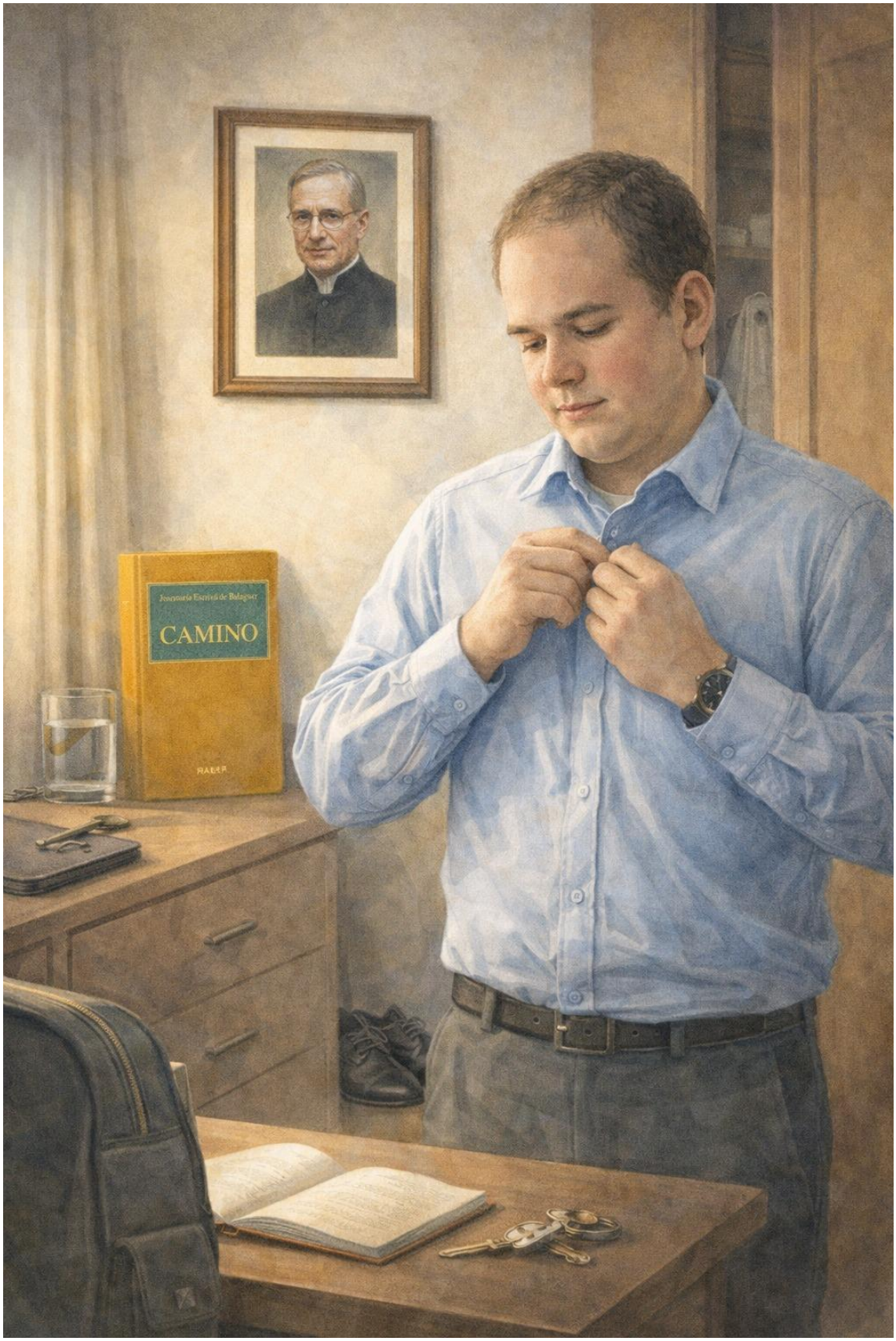
La experiencia espiritual no lo volvió ingenuo ni idealista. Al contrario, lo volvió más consciente de la fragilidad humana y de la facilidad con la que el poder corrompe cuando no hay límites interiores. La fe no eliminaba el riesgo; lo

hacía visible. Y lo visible puede enfrentarse con plena conciencia y capacidad de resolución.

Así, la dimensión espiritual terminó de cerrar un proceso iniciado mucho antes. La familia había dado el orden. El estudio, el método. La fe, el sentido. Ninguno de esos elementos funcionaba por separado. Juntos, construían una forma de estar en el mundo que no admitía medias tintas.

Antes de ser empresario, y mucho antes de pensar en el servicio público, ya estaba allí la convicción central: la vida no se mide solo por lo que se logra, sino por lo que se entrega. No se trata solo de llegar, sino de responder. Y esa respuesta, exigente y silenciosa, se aprende cuando la fe deja de ser discurso vacío o accesorio y se convierte en vida.

La fe no lo apartó del mundo. Lo comprometió con él. Y ese compromiso sería, más adelante, imposible de eludir.


CAMINO

CAPÍTULO 4

EL EMPRESARIO Y BANQUERO

Antes de que su nombre se asociara a la política y a la gestión pública, Rafael López Aliaga construyó una trayectoria empresarial amplia, diversa y exigente. No fue un empresario de un solo sector ni de apuestas circunstanciales. Su recorrido atravesó el sistema financiero, el transporte ferroviario, la hotelería y la tecnología, siempre con una lógica común: inversión de largo plazo, gestión rigurosa y generación de empleo formal.

El mundo empresarial fue, para él, un espacio de aprendizaje real. Allí no existen excusas ideológicas ni relatos que disimulen los errores. Las decisiones se miden en resultados concretos. El capital se arriesga, el empleo se sostiene o se pierde, y la responsabilidad tiene nombre propio. Esa experiencia, acumulada durante años, moldeó una forma de entender el desarrollo muy distinta a la retórica política e inclusive empresarial tradicional.

Desde niño comenzó a emprender moliendo azúcar, dada la amplia demanda de la comunidad china en Chiclayo. También se dedicó a programar las primeras computadoras Atari que llegaron a las empresas textileras de dicha ciudad. Posteriormente, su paso por el sector financiero en Citibank fue clave. La banca exige prudencia, análisis y una comprensión profunda del riesgo. Administrar recursos de terceros implica una ética particular: la confianza no se declama, se cuida. Desde esa experiencia, entendió que el crédito bien

gestionado puede convertirse en una poderosa herramienta de crecimiento, capaz de impulsar proyectos productivos y generar empleo sostenible.

Pero fue en el sector ferroviario donde su visión empresarial adquirió una dimensión estratégica. A través de Ferrocarril Transandino S.A. (Fetransa) y posteriormente PeruRail, se involucró en uno de los desafíos más complejos del país: la conectividad. El ferrocarril no es un negocio de resultados inmediatos. Requiere inversión constante, coordinación con el Estado y una mirada de largo plazo.

El Ferrocarril del Sur y Sur Oriente, operado por PeruRail, no solo conecta territorios; articula economías locales, turismo, comercio y oportunidades. Cada operación ferroviaria implica mantenimiento, logística, seguridad y empleo directo e indirecto. Allí comprendió, de manera tangible, que la infraestructura no es un gasto, sino una condición básica para el desarrollo.

Este sector le enseñó algo fundamental: un país que no invierte en conectividad se fragmenta. Las regiones quedan aisladas, el potencial productivo se desperdicia y las brechas se profundizan. Esa experiencia marcaría profundamente su visión posterior sobre el rol del Estado y la necesidad de planificación estratégica.

En paralelo, desarrolló una importante actividad en el sector hotelero. A través de la cadena Belmond, participó en la gestión de hoteles emblemáticos como el Belmond Hotel Monasterio en Cusco, el Belmond Sanctuary Lodge en Machu Picchu y otros establecimientos vinculados al turismo de alto valor. La hotelería, a diferencia de otros sectores, depende directamente del capital humano.

Un hotel no funciona solo con infraestructura. Funciona con personas: recepcionistas, cocineros, personal de limpieza, guías, administradores. Cada proyecto hotelero representa empleo formal, capacitación y oportunidades para comunidades enteras. En un país con enorme potencial turístico, la hotelería se convirtió en un motor concreto de desarrollo local y de predicación de los valores culturales de la peruanidad.

Desde esa experiencia, pudo observar cómo el turismo bien gestionado genera una cadena de valor amplia: transporte, gastronomía, artesanía, servicios. No es una industria extractiva; sino de personas. Y cuando se le abandona o se gestiona mal, el impacto social es inmediato.

La incursión en el mundo de la tecnología llegó a través de su participación en CompuPalace, uno de los principales centros de comercio tecnológico del país. Allí, lejos de los grandes capitales y las multinacionales, se concentraba una energía emprendedora genuina: pequeños empresarios, técnicos y comerciantes que empujaban la modernización desde abajo.

CompuPalace en sus inicios era una radiografía del Perú real: talento abundante, creatividad permanente y una informalidad estructural que limitaba el crecimiento. Esa experiencia reforzó una convicción clave: el problema del país no es la falta de iniciativa privada, sino la ausencia de un Estado que ordene, formalice y potencie ese esfuerzo. En pocos años, gracias al impulso de López Aliaga, esos comerciantes lograron formalizarse y adquirir locales propios con facilidades de crédito a 7 años.

En todos los sectores donde participó —financiero, ferroviario, hotelero y tecnológico— el patrón se repetía. Cuando existen reglas claras y estabilidad,

el esfuerzo rendía frutos. Cuando reinaba la incertidumbre o la arbitrariedad, el potencial se diluía. El empresario comprobó que el crecimiento no se decreta; se construye día a día.

La generación de empleo fue una consecuencia natural de esa trayectoria. No como discurso político, sino como resultado de proyectos reales. Cada empresa en marcha es reflejo de trabajo formal, ingresos estables y oportunidades de desarrollo. El empleo no es solo una estadística; es dignidad y futuro para miles de familias.

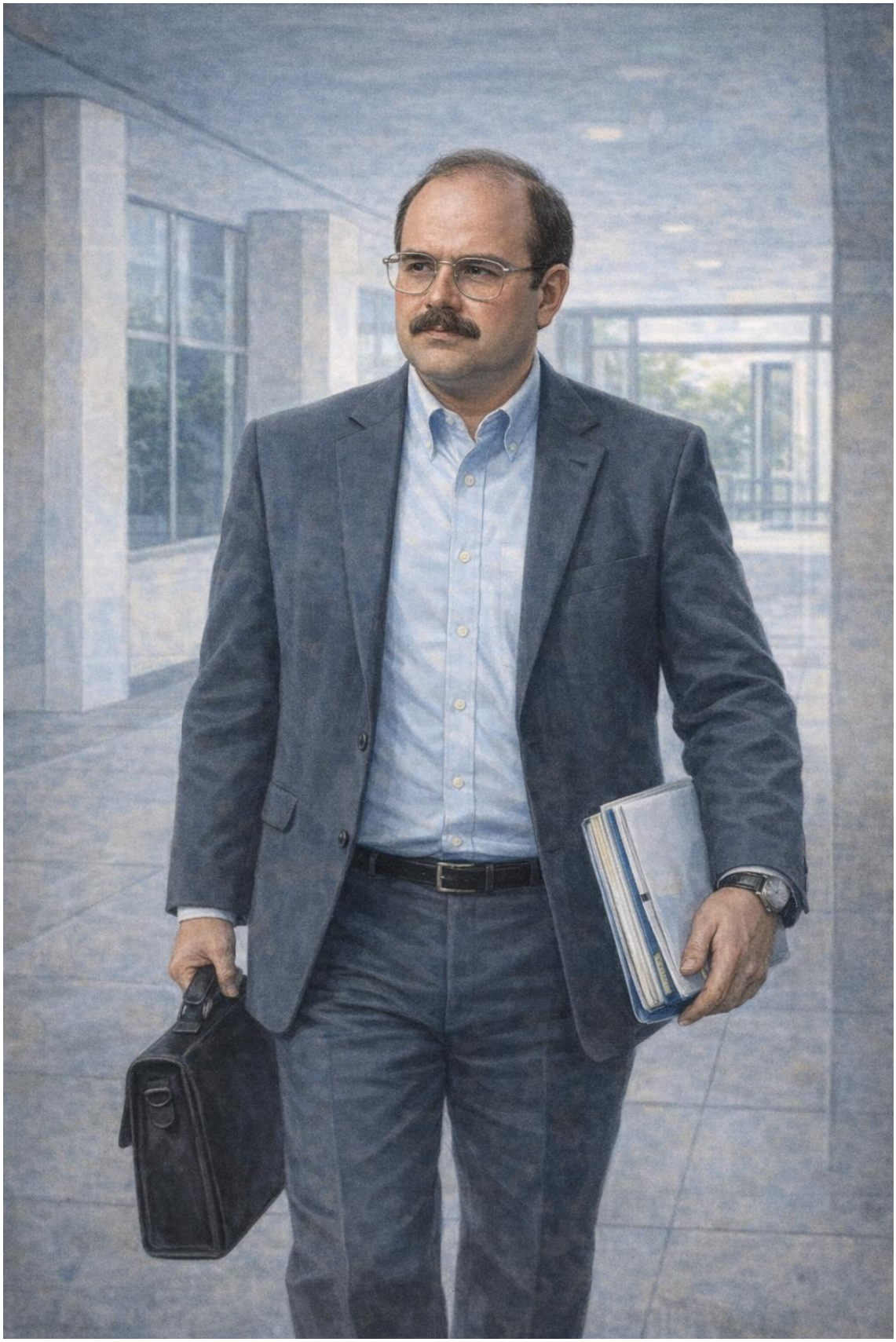
Esa experiencia también le permitió reconocer los límites del sector privado. La empresa puede generar valor, pero no reemplaza al Estado. Puede invertir, pero no puede garantizar seguridad jurídica. Puede innovar, pero no puede ordenar el sistema por sí solo. Cuando el Estado falla, el costo lo pagan quienes trabajan y producen los recursos que la gestión pública necesita para brindar valor social y bien común.

Con los años, el éxito empresarial no lo llevó a la complacencia, sino a la inquietud. Cuanto más veía cómo funcionan las cosas bien, más evidente le resultaba el contraste o divorcio entre la gestión pública y el actuar de los políticos. El problema no era solo económico; era de organización, responsabilidad y liderazgo.

Así, la etapa empresarial no fue un punto de llegada, sino una nueva preparación. Una escuela práctica donde aprendió a tomar decisiones difíciles, asumir riesgos y responder por los resultados. El esfuerzo constante, comprobó una y otra vez, genera oportunidades para todos cuando existe un marco que lo permita.

Antes de dar el salto a la política, ya había recorrido un camino poco común: el del empresario que entiende el país desde la práctica, no desde el discurso. El banquero aprendió a cuidar el riesgo. El ferroviario, a pensar en largo plazo. El hotelero, a valorar a las personas. El empresario tecnológico, a reconocer el talento informal y a darle las herramientas para dar el paso y decidir crecer en un marco compartido y responsable de toma de riesgos valorando oportunidades.

Todo eso, sin saberlo aún, lo estaba preparando para el desafío mayor: intentar llevar esa lógica de gestión, esfuerzo y responsabilidad al servicio público.



CAPÍTULO 5

EL SERVIDOR PÚBLICO

El ingreso a la política no fue un salto impulsivo ni una conversión repentina. Fue, más bien, la consecuencia lógica de un recorrido previo. Después de años en el sector privado, de gestionar empresas, asumir riesgos y responder por resultados, la idea de involucrarse en el ámbito público empezó a tomar forma. No como ambición personal, sino como responsabilidad. El Estado, visto desde fuera, aparecía como una estructura desordenada que requería algo más que buenas intenciones: necesitaba gestión.

Esa vocación política se materializó por primera vez cuando asumió el cargo de regidor de la Municipalidad Metropolitana de Lima entre 2007 y 2010. No era una posición de protagonismo ni de poder ejecutivo directo. Era, sin embargo, una oportunidad concreta para conocer el funcionamiento interno del Estado, sus virtudes y, sobre todo, sus limitaciones.

La gestión de la Municipalidad Metropolitana de Lima estaba entonces encabezada por Luis Castañeda Lossio, una figura central de la política limeña y nacional de las primeras décadas del siglo XXI. Su estilo contrastaba con el ruido político habitual: discreto, enfocado en la obra y poco inclinado a la confrontación mediática. Gobernaba con una lógica clara: hacer, antes que explicar; construir, antes que prometer.

Desde el Concejo Metropolitano, el rol del regidor implicaba fiscalizar, deliberar y acompañar la gestión. No era un espacio para el discurso vacío, sino para el análisis técnico y la toma de decisiones. Para alguien formado en la gestión privada, esa experiencia fue reveladora. El Estado funcionaba con lógicas distintas, pero enfrentaba problemas similares: escasez de recursos, prioridades en conflicto y presión constante.

La administración de Castañeda se caracterizó por una fuerte apuesta por la infraestructura urbana. En una ciudad marcada por el crecimiento desordenado y la falta de servicios básicos, la obra pública se convirtió en el eje de la gestión. No como gesto simbólico, sino como respuesta concreta a necesidades acumuladas durante décadas.

Una de las obras más emblemáticas de ese período fue el Metropolitano, el sistema de transporte masivo que cambió la forma de desplazarse de millones de limeños. Más allá de las controversias técnicas o políticas, el proyecto introdujo una lógica distinta en la gestión del transporte urbano: planificación, integración y visión de largo plazo. Para quien venía del sector ferroviario, la importancia de la conectividad no era una abstracción, sino una convicción profunda.

El Metropolitano no solo redujo tiempos de viaje; ordenó flujos, generó empleo y mostró que era posible ejecutar proyectos complejos en el ámbito público. Fue una obra que evidenció algo fundamental: cuando existe decisión política y capacidad de gestión, el Estado puede funcionar.

Otra línea de acción destacada de esa gestión fue el programa de escaleras solidarias en los cerros de Lima. Miles de familias que vivían en zonas de difícil

acceso vieron mejorar radicalmente su calidad de vida. Lo que para algunos podía parecer una obra menor, en la práctica significó seguridad, integración y dignidad. Las escaleras no eran solo concreto; eran acceso al transporte, a los servicios y a la ciudad formal.

También se impulsaron proyectos de recuperación de espacios públicos, parques y áreas verdes, así como iniciativas de atención social que buscaban cubrir vacíos históricos del Estado. Los llamados Hospitales de la Solidaridad representaron una respuesta pragmática a la falta de acceso a servicios de salud, con atención rápida y costos reducidos para la población.

Desde su posición como regidor, pudo observar de cerca cómo se ejecutaban estas políticas. Vio los aciertos y también las dificultades. La burocracia, la lentitud administrativa y la resistencia al cambio eran obstáculos permanentes. Pero también comprobó que la gestión orientada a resultados podía marcar una diferencia tangible en la vida de las personas.

Esa experiencia reforzó una idea que ya traía desde el sector privado: el problema del Estado es la falta de gestión política. Cuando las prioridades son claras y las decisiones se toman con firmeza, los proyectos avanzan. Cuando reina la indecisión o el cálculo sectario, todo se paraliza.

El período como regidor también fue una escuela de realismo. Entendió que gobernar implica negociar, ceder y construir consensos. Que no todas las decisiones son técnicas y que el factor humano pesa tanto como los números. Pero también confirmó que sin liderazgo y convicción, el aparato público se diluye en la inercia.

A diferencia de otros actores políticos, no concibió su rol como un trampolín personal. No buscó protagonismo mediático ni confrontación gratuita. Su aporte fue silencioso, técnico y constante. Observaba, aprendía y acumulaba experiencia. Sabía que el conocimiento del Estado no se adquiere desde afuera ni con discursos, sino desde dentro, enfrentando sus contradicciones.

La gestión de Castañeda dejó una huella clara en la ciudad. Independientemente de las evaluaciones políticas posteriores, el énfasis en la obra concreta y la ejecución marcó un estándar distinto. Para quien valoraba la eficiencia y el resultado, esa forma de gobernar resultaba familiar: menos retórica, más acción.

Al concluir su período como regidor en 2010, la experiencia había cumplido su propósito. Ya no miraba al Estado como una abstracción lejana, sino como una organización compleja que podía —y debía— funcionar mejor. Había visto lo que era posible hacer y también lo que se desperdiciaba por mala gestión.

El empresario había aprendido a generar valor en el sector privado. El regidor había aprendido a moverse dentro del Estado.

Ambas experiencias se complementaban. La vocación de servicio, hasta entonces una convicción ética y personal, empezaba a transformarse en un proyecto más amplio. La política dejaba de ser un espacio ajeno y se convertía en un terreno donde aplicar todo lo aprendido.

Ese primer paso en el servicio público no fue el final del camino, sino el inicio. Un aprendizaje silencioso, exigente y, sobre todo, decisivo. Porque quien ha visto al Estado desde adentro ya no puede fingir ignorancia.

Y porque, una vez comprendido el problema, la pregunta deja de ser si se puede hacer algo y pasa a ser si se está dispuesto a asumir el costo de hacerlo.

Hospital la Solidaridad

CAPITULO 6

PORKY

El liderazgo político no surge de manera espontánea ni se improvisa en una coyuntura electoral. Es el resultado de una acumulación de experiencias, convicciones y decisiones que, con el tiempo, encuentran una expresión pública. En el caso de Rafael López Aliaga, la política no aparece como una ruptura con su trayectoria previa, sino como su prolongación natural. El empresario, el creyente y el gestor confluyen en una misma vocación: la del servicio público entendido como responsabilidad histórica.

El Perú que llega al 2020 es un país marcado por una paradoja profunda. Por un lado, logró avances económicos significativos desde los años noventa; por otro, no consiguió traducir ese crecimiento en instituciones sólidas ni en cohesión social duradera. La inestabilidad política, la crisis de representación y el deterioro del debate público generaron un escenario propicio para la emergencia de nuevos liderazgos.

Es en ese contexto que, en el año 2020, en medio del caos pandémico, se funda Renovación Popular. No como un partido convencional ni como una estructura electoral oportunista, sino como un proyecto político con identidad doctrinaria explícita. Su objetivo no fue únicamente competir por el poder, sino reordenar el eje del debate político, incorporando temas que habían sido sistemáticamente relegados: valores, autoridad, cultura, sentido de nación.

Durante décadas, la derecha peruana se definió casi exclusivamente por su defensa del mercado y la estabilidad macroeconómica. Esa derecha, profundamente tecnocrática, creyó que la política podía reducirse a una correcta administración del modelo económico. Sin embargo, como advirtió Max Weber, ningún orden político se sostiene solo sobre la eficiencia; necesita legitimidad, la cual nace de valores compartidos y personas comprometidas con la generación de bien común.

Renovación Popular emerge como respuesta a ese vacío. Su propuesta se inscribe en una tradición conservadora y socialcristiana, que reconoce la importancia del mercado y la inversión privada, pero rechaza la idea de que la economía sea el único fundamento del orden social.

Roger Scruton definía el conservadurismo no como una resistencia irracional al cambio, sino como el amor por lo que hemos heredado y el deseo de transmitirlo a futuras generaciones. Conservar, en este sentido, no implica inmovilismo, sino discernimiento: distinguir aquello que merece ser preservado de aquello que debe ser reformado.

Desde esa perspectiva, el Perú tiene muchas cosas que conservar. Entre ellas, el capítulo económico de la Constitución de 1993, que sentó las bases de la estabilidad macroeconómica, la autonomía del Banco Central, la apertura al mundo y el respeto a la iniciativa privada. También los valores cristianos profundamente arraigados en la sociedad peruana, que han estructurado históricamente la noción de familia, comunidad y responsabilidad moral.

Pero conservar no significa idealizar ni negar la realidad. A nivel económico, el propio sistema requiere reformas y mejoras: mayor competencia, lucha efectiva

contra la corrupción, fortalecimiento del Estado para que cumpla su rol sin asfixiar la iniciativa privada y aumentar la meritocracia dentro del aparato burocrático. El conservadurismo que inspira a López Aliaga no es un rechazo al cambio, sino una apuesta por mejorar lo existente sin destruirlo. Es perfeccionar para avanzar y brindar valor social como el germen de nuevos desarrollos en libertad para emprender e invertir.

En el centro de esta propuesta se encuentra el socialcristianismo, una corriente doctrinal con raíces profundas en el pensamiento político moderno. Su punto de partida es la encíclica *Rerum Novarum* (1891), promulgada por el papa León XIII, en un contexto de fuertes tensiones sociales derivadas de la industrialización y el conflicto entre liberalismo y socialismo.

Rerum Novarum establece un principio fundamental: la dignidad de la persona humana como eje de la vida social y económica. El trabajo no es una mercancía y el trabajador no puede ser reducido a un medio de producción. Al mismo tiempo, la encíclica defiende con claridad el derecho a la propiedad privada, considerándolo una extensión de la libertad personal y una garantía frente al abuso del poder.

Sin embargo, León XIII introduce un matiz decisivo: la propiedad tiene una función social. No es un derecho absoluto desligado del bien común. Esta idea constituye uno de los pilares del socialcristianismo y permite superar la falsa dicotomía entre mercado sin límites y estatismo asfixiante y letal para las libertades.

Otro principio central es el reconocimiento de los cuerpos intermedios: la familia, las asociaciones, los gremios, la comunidad local. La sociedad no se reduce a

individuos aislados frente al Estado. Existe una trama social previa que el poder político debe respetar y fortalecer. De allí surge el principio de subsidiariedad, según el cual el Estado debe intervenir solo cuando la sociedad no puede resolver por sí misma ciertos problemas.

Esta visión resulta particularmente relevante para el Perú, un país donde el Estado ha sido históricamente fuerte para regular y débil para servir. El socialcristianismo no propone un Estado mínimo ni uno omnipresente, sino un Estado con autoridad, ordenado y limitado, capaz de garantizar seguridad, justicia y servicios básicos.

La familia ocupa un lugar central en esta concepción. No como una construcción ideológica, sino como la célula básica de la sociedad. La familia precede al Estado y lo limita. Allí se forman los hábitos morales, la responsabilidad y el sentido del deber. Sin familias fuertes, no hay comunidad política sostenible.

El socialcristianismo también rechaza la idea de la lucha de clases como motor inevitable de la historia. En lugar del conflicto permanente, propone la armonía social, basada en la cooperación, la justicia y el respeto mutuo. No niega las desigualdades ni los conflictos, pero los aborda desde una ética del bien común.

Desde esta tradición, la experiencia empresarial de Rafael López Aliaga no aparece como una contradicción, sino como una confirmación. La inversión, la generación de empleo y la gestión eficiente son expresiones concretas de una ética socialcristiana cuando se orientan al desarrollo integral de la persona.

Renovación Popular, en ese sentido, no busca imponer una moral religiosa desde el Estado, sino reintroducir principios que permitan reconstruir la

legitimidad política y la cohesión social. Como advertía Jacques Maritain, la democracia solo puede sostenerse si reconoce límites morales objetivos; cuando todo se vuelve negociable, la política degenera en puro cálculo de poder.

La proyección presidencial de López Aliaga se inscribe en este marco doctrinal. No se presenta como un caudillo ni como un tecnócrata neutral, sino como un líder dispuesto a asumir el costo de gobernar en un contexto adverso. Su mensaje no promete soluciones mágicas, sino orden, disciplina y trabajo.

Quien se dedica a la política se enfrenta a fuerzas difíciles y debe estar dispuesto a responder por las consecuencias de sus actos. La decisión de buscar la presidencia no es, entonces, un gesto de vanidad, sino una apuesta de alto riesgo fundada en una convicción profunda: que el país necesita algo distinto a la improvisación, la ausencia de valores y al relativismo que han marcado la vida pública reciente de nuestro país, donde la más alta autoridad de la nación al concluir su mandato o ser vacado pasa del Palacio de Gobierno al rigor de la prisión. Esa dinámica del fatalismo en la gestión pública tiene que cambiar.

Este capítulo no cierra una historia. La abre. Porque el liderazgo político, a diferencia del empresarial, no se mide solo por resultados inmediatos, sino por la dirección que imprime a una nación. Y esa dirección, todavía, está en disputa y no podemos dejar que la arbitrariedad política siga marcando la pauta de nuestro futuro e impidiendo nuestra libertad para crecer como la gran nación que somos.

CAPÍTULO 7

MUNI LIMA: DE LA TEORÍA A LA GESTIÓN PÚBLICA

La promesa de transformar la movilidad y modernizar la infraestructura crítica de Lima se materializó de manera concreta durante la gestión del alcalde Rafael López Aliaga. Con un enfoque en la integración norte-sur y la ejecución de obras de alto impacto, su administración logró hitos históricos en la conectividad de la ciudad. La expansión del sistema de transporte masivo, culminada con la llegada del Metropolitano a nuevos distritos, junto con la construcción de vías expresas, la modernización de la red ferroviaria y la ampliación de la infraestructura de salud, constituyen el eje central de este legado en infraestructura.

La extensión norte del Metropolitano es, sin duda, una de las obras más emblemáticas y reclamadas históricamente por los ciudadanos. Bajo esta gestión, el servicio troncal del corredor de buses llegó oficialmente hasta el distrito de Carabayllo, con la puesta en operación del moderno Terminal Chimpu Ocllo, que actúa como el nuevo extremo norte del sistema. Esta extensión no solo incluyó esta terminal final, sino nuevas estaciones intermedias claves como Lomas de Carabayllo, Santo Domingo, San Carlos y La Unión.

La apuesta por la integración fue más allá. Para garantizar que los vecinos de las zonas aledañas accedieran eficientemente a este nuevo terminal, la Autoridad de Transporte Urbano (ATU) optimizó las rutas de los buses

alimentadores. Desde noviembre de 2025, los servicios Carabayllo y Torre Blanca extendieron sus recorridos para llegar directamente a Chimpu Ocllo. Esta medida, que beneficia a más de 2,500 usuarios diarios, permitió un ahorro de tiempo de hasta 15 minutos, ya que los pasajeros ahora transitan mayor distancia por la vía exclusiva del Metropolitano y realizan el transbordo a las rutas troncales (como la Ruta B y el Expreso 13) directamente en el terminal, con destino al Cercado de Lima.

Complementando la expansión del transporte masivo, se puso en marcha un proyecto transformador para la movilidad en superficie: la Vía Expresa Norte. Esta obra, que a inicios de 2026 reporta un avance físico de casi el 50%, está diseñada para revolucionar el tránsito en la avenida Universitaria. Con una extensión de 8.7 kilómetros, el corredor conectará la avenida Metropolitana en Comas con la avenida José Granda en San Martín de Porres, beneficiando directamente a más de cinco millones de personas.

La obra es de una envergadura técnica notable. Incluye la construcción de pistas de concreto para los buses del Metropolitano, nuevas pistas auxiliares asfaltadas, veredas renovadas, una ciclovía y cuatro pasos a desnivel en avenidas críticas. Además, contempla la habilitación de 15 nuevas estaciones del Metropolitano a lo largo de su recorrido por San Martín de Porres, Independencia, Los Olivos, Comas y Carabayllo, lo que creará un eje de transporte público rápido y moderno para toda la zona norte.

La Vía Expresa Sur, inaugurada en setiembre de 2025 bajo la gestión del alcalde Rafael López Aliaga, se erige como una obra monumental que transforma radicalmente la movilidad del sur de Lima. Este megaproyecto es un

claro homenaje a la visión del exalcalde social cristiano Luis Bedoya Reyes y una pieza clave para cumplir su visión de una ciudad moderna e interconectada.

La primera etapa de la obra, estratégicamente inaugurada en septiembre de 2025, consiste en 5 kilómetros de vías principales con tres carriles de concreto de alta resistencia en cada sentido. Esta etapa constituye la continuación natural de la emblemática Vía Expresa Luis Bedoya Reyes y promete ser un gran alivio para los más de cuatro millones de habitantes de los distritos del sur.

El beneficio más transformador y esperado por la ciudadanía es la drástica reducción en los tiempos de viaje. Se estima que los trayectos desde puntos céntricos, como la Plaza Grau, hasta la Panamericana Sur, que antes podían tomar entre dos y dos horas y media, se realizarán en apenas 30 a 40 minutos. Esta obra no solo es una vía rápida, sino una columna vertebral vial que crea un nuevo eje de ingreso para conectar distritos como Barranco, Surco, San Juan de Miraflores, Villa María del Triunfo y Villa El Salvador.

Uno de los mayores logros de esta gestión fue asegurar la viabilidad y la transparencia del proyecto. López Aliaga destacó que se evitó un gasto irregular de 600 millones de soles en supuestas compensaciones por terrenos. Gracias a una fiscalización rigurosa y al saneamiento de la propiedad, la inversión para esta primera etapa ascendió a 60 millones de soles, una cifra muy inferior a la planificada anteriormente, demostrando una gestión austera y orientada al uso eficiente de los recursos públicos.

El diseño de la vía incluye una visión de futuro ambiciosa y planificada. Se ha reservado un corredor central de 17 metros de ancho para una futura ampliación del sistema de transporte Metropolitano. Los planes contemplan la

conexión de la estación Plaza Flores con la estación Atocongo de la Línea 1 del Metro, avanzando firmemente hacia un sistema de transporte integrado y moderno para toda la ciudad.

En paralelo a las obras viales, la gestión apostó por revitalizar un modo de transporte con gran potencial: el ferrocarril. El proyecto del Tren Lima-Chosica cobró un impulso decisivo con la gestión y concreción de la donación de material rodante desde Estados Unidos. La municipalidad logró traer a Perú un lote de 90 vagones y 19 locomotoras diésel-eléctricas, donadas por la empresa Caltrain de California.

Este hito material sentó las bases físicas para un servicio que promete aliviar el congestionado tráfico del este de la capital. El plan operativo proyecta un servicio que conecte Chosica con la estación Monserrate, en el Cercado de Lima, integrándose con la red de transporte existente. Aunque su puesta en operación requiere aún obras de adecuación de vías y la definición de un operador privado mediante concesión, la llegada del material rodante representó el paso más tangible y complejo hacia la materialización de este anhelado proyecto de transporte masivo.

El compromiso con la infraestructura crítica también se extendió al sector salud, con la expansión y modernización de la red de Hospitales de la Solidaridad. La obra más destacada en este rubro fue la inauguración del Soli Express Miraflores, presentado como la quincuagésima sede de esta reconocida red. Ubicado estratégicamente en la avenida Paseo de la República, este centro de salud opera las 24 horas y ofrece más de 40 especialidades.

Lo que distinguió a este proyecto fue la apuesta por la tecnología de punta al servicio de la salud pública. El hospital se equipó con un tomógrafo de última generación, un moderno sistema de rayos X y, de manera especialmente notable, con el Instituto Municipal Oftalmológico, dotado de un láser Eximer para cirugías correctivas de miopía y astigmatismo en minutos. Para la recepción y orientación de los pacientes, se implementó incluso un robot interactivo llamado "Crucet", simbolizando la voluntad de modernizar no solo la infraestructura, sino también la experiencia de atención al ciudadano.

El programa Agua de Emergencia, surge como una respuesta urgente y concreta ante una grave crisis humanitaria: más de 1.3 millones de limeños en las zonas altas y periurbanas carecían de acceso formal a agua potable y alcantarillado. Estas familias se veían obligadas a depender del suministro de costosos camiones cisterna, llegando a pagar hasta diez veces más por el agua que quienes tenían conexión domiciliaria. Para enfrentar esta realidad, la gestión municipal estableció una meta ambiciosa: beneficiar a un millón de personas en un plazo de cuatro años, mediante la ejecución de unos 50 proyectos con una inversión estimada de 18 millones de dólares. El programa se concibió bajo un modelo de cooperación público-privada, articulando los esfuerzos de la Municipalidad de Lima (MML) con la empresa pública de agua Sedapal y, de manera clave, con la Fundación Lima, una organización sin fines de lucro con amplia experiencia en apoyo social.

La ejecución técnica del programa se basa en una infraestructura rápida y efectiva que lleva agua potable las 24 horas del día a los cerros de Lima. La solución consiste en perforar nuevos pozos tubulares o reactivar los existentes para extraer agua del subsuelo. Mediante potentes sistemas de bombeo, el

agua se impulsa a través de redes de tuberías hacia reservorios y pilones o grifos comunitarios instalados en las zonas altas, donde la población puede abastecerse de manera constante y segura. Este modelo ha permitido implementar proyectos en distritos históricamente desatendidos como San Juan de Lurigancho, Puente Piedra, Pachacámac y Ate, cambiando radicalmente la vida en comunidades como Santa Rosita y Monte Sion. Cada obra nueva, como el pozo inaugurado en Puente Piedra o el proyecto iniciado en Huaycán, amplía la cobertura y consolida el alcance de esta iniciativa.

El impacto social del programa ha sido transformador y de gran escala. Según datos reportados, para el año 2025 el programa ya había logrado que cerca de 700,000 vecinos de Lima accedieran al recurso hídrico. El beneficio más inmediato ha sido un alivio económico drástico para las familias, que dejaron de pagar precios exorbitantes a los camiones cisterna. Además, el acceso a agua segura y continua representa una mejora fundamental en la salud pública, reduciendo las enfermedades asociadas al consumo de agua de calidad incierta. Para garantizar la sostenibilidad del servicio, el programa establece que las asociaciones de vecinos pagan una "tarifa social" por el agua consumida en los pilones comunitarios, fomentando así la corresponsabilidad en el uso del recurso.

Con el firme objetivo declarado por Rafael López Aliaga de que "ninguna familia en Lima tenga que vivir sin agua potable", el programa continúa su expansión. La visión de la gestión ha definido este esfuerzo no como caridad, sino como un acto de justicia, priorizando a los sectores más vulnerables. El éxito alcanzado hasta la fecha, que acerca al programa a su meta final de un millón de beneficiarios, se presenta como un testimonio del poder de la voluntad

política, la gestión eficiente y un modelo de cooperación que integra al sector público, al privado y a la sociedad civil. Este proyecto se ha convertido en un pilar emblemático de la gestión, demostrando cómo es posible cambiar la realidad de cientos de miles de personas con soluciones concretas y de ejecución rápida.

Otro gran logro de la administración edil de Rafael, es la implementación de una estrategia integral de apoyo a las ollas comunes, con el objetivo de transicionarlas desde un rol asistencial hacia uno de emprendimiento y sostenibilidad económica. Esta política se enmarca dentro de la iniciativa "Hambre Cero" de la comuna, que busca combatir la desnutrición infantil y la anemia. El enfoque de la gestión se basa en dos ejes fundamentales: primero, el fortalecimiento operativo mediante la provisión de insumos y equipamiento; y segundo, la creación de oportunidades legales y formativas para que estas organizaciones se integren a la economía formal y puedan generar ingresos propios.

La ejecución del programa se ha materializado a través de la dotación de recursos logísticos y el financiamiento directo. En eventos públicos, la municipalidad ha realizado entregas masivas de equipos, como más de 400 congeladoras destinadas a ollas comunes de las zonas altas de la ciudad, con el fin de mejorar su capacidad de almacenamiento y operación. Además, se han distribuido cocinas a gas y otros insumos para modernizar sus procesos. De manera complementaria, se ha anunciado una asignación presupuestaria específica de 80 millones de soles para apoyar con alimentos y materiales el trabajo de las lideresas de estas organizaciones en las áreas más vulnerables.

Finalmente, el programa establece una articulación efectiva con las políticas nacionales, ampliando su alcance. Un logro significativo fue la incorporación, durante 2024, de 1,760 ollas comunes de Lima al Programa de Complementación Alimentaria (PCA) del gobierno nacional. Este reconocimiento les permite acceder a un presupuesto sustancial y a kits de cocina, formalizando y potenciando su labor. De este modo, la gestión municipal actúa como un facilitador clave, conectando a estas organizaciones vecinales con recursos y programas de mayor escala, para consolidar un apoyo que combina la acción local con los esfuerzos del gobierno central.

Durante su paso por la Municipalidad Metropolitana de Lima, la gestión que lideró como alcalde Rafael López Aliaga, también ha impulsado la puesta en valor del Centro Histórico de Lima como un eje central de su administración, en línea con el Plan Maestro del Centro Histórico de Lima 2019-2029. Este esfuerzo concertado, ejecutado a través del Programa Municipal para la Recuperación del Centro Histórico de Lima (PROLIMA), busca revitalizar el área declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, devolviéndole su esplendor arquitectónico y fortaleciendo su rol como núcleo cultural y espiritual de la nación. El trabajo ha tenido un alcance integral, abarcando desde la restauración de monumentos emblemáticos hasta la recuperación de espacios públicos, con la activa participación y respaldo de la autoridad municipal.

En el ámbito del patrimonio religioso, que constituye el corazón monumental del Centro, se han realizado intervenciones de gran envergadura y detalle. Una de las más destacadas es la restauración integral de la Iglesia y Monasterio de las Trinitarias, una joya del barroco limeño del siglo XVIII, ubicada en Barrios Altos. Los trabajados han incluido la fachada, torres campanario y la recuperación de

policromías históricas. Asimismo, se ha culminado la restauración exterior de la Basílica y Convento de Santo Domingo, con una inversión de 7 millones de soles, incluyendo iluminación ornamental y trabajos en sus cubiertas y atrios. El plan contempla seguir con otras iglesias emblemáticas como Santo Cristo de las Maravillas y Nuestra Señora del Prado.

La intervención se extiende también al patrimonio civil y los espacios públicos, con proyectos transformadores. Entre los más significativos se encuentra la recuperación de la Quinta Heeren, el monumento histórico más grande del Centro. Este proyecto, descrito como un "símbolo del renacer patrimonial", busca convertir sus cuatro hectáreas en un espacio público vivo e inclusivo, restaurando sus 13 bloques patrimoniales y creando áreas verdes en una zona que carece de ellas. Adicionalmente, se ha avanzado con la peatonalización y embellecimiento de calles históricas como los jirones Conde de Superunda, Lampa y Ancash, donde se soterró el cableado, se repavimentó con piedra y se instaló iluminación ornamental para priorizar al peatón y "volver al origen" de la ciudad.

Un acto cargado de simbolismo histórico fue la restitución de la estatua ecuestre de Francisco Pizarro en el corazón del Centro Histórico, realizada durante la conmemoración del 490 aniversario de la ciudad. Este gesto, liderado por el Rafael López Aliaga, buscó revalorizar la figura del fundador de Lima como parte de un esfuerzo por equilibrar las narrativas históricas, complementándose con el homenaje a las raíces prehispánicas mediante un monumento cercano dedicado al curaca Taulichusco. Estos esfuerzos, en conjunto, reflejan una visión de gestión que concibe la recuperación del patrimonio no solo como la restauración de muros, sino como un proceso que

permite a la ciudadanía reencontrarse con su memoria, identidad y espacios de celebración compartida.

Este libro resume una vida que logra el éxito profesional y una vez alcanzado orienta sus energías en favor del país, aspirando al bien común.

Todas las obras anteriormente mencionadas han sido realizadas con el presupuesto y herramientas financieras de la Municipalidad de Lima, considerablemente menores a las que maneja el gobierno central.

Si deseas que el Estado peruano cambie en democracia, tenemos que ser los autores de una verdadera Renovación Popular. Este domingo 12 de abril el futuro está en nuestras manos, que las urnas revelen nuestra voluntad por un cambio color celeste en todas las instancias de poder: Presidencia, diputados, senadores y Parlamento Andino.

Diseño, diagramación y corrección de estilo: Tony Tafur y Carlos Orellana.